

**Funambulismo**

## **Tizas**

Por mucho que el buen maestro  
del arrabal marginado manche  
con teorías prósperas la pizarra,  
los alumnos salen de la escuela  
y aprenden otra lección de tiza  
en el contorno de algún cadáver.

## **La multinacional**

Tirita mientras vuelve  
en un metro nocturno  
de un martes de diciembre.

Por el vagón arrastra  
la mirada cansada,  
sus pupilas perdidas  
son túneles eternos.

Se tornan en espejos  
las ventanas oscuras.

Las estaciones tienen  
nombres de papas muertas;  
cada puerta que se abre  
va cerrándose rauda  
(metáforas del barrio).

Le van a dar las nueve...

Su reloj le parece  
un grillete de plástico

atado a la rutina.

Trece horas más tarde,

pretende oler su casa,

tumbar las pantorrillas,

cenar un congelado.

Y ver ese programa,

el que a las diez y cuarto

interrumpen dos guapos

para anunciar la marca

que le arranca sus días.

## La discoteca lejana

(R. M. Rilke: “La verdadera patria del hombre es la infancia”)

Un viernes al mes bailan

el fragor sincopado

que anula las palabras:

con una lengua ajena,

poco hay que decir.

Simulan alegría

a la desesperada,

sus sonrisas convexas

cargan con un presente

que ayer fue *porvenir*.

Un gin-tonic les cuesta

el sudor de tres horas

robóticas de fábrica.

En la bola de espejos

se reflejan sus sueños,

quebrados por los giros

de un mundo a la deriva.

Los rayos fluorescentes

ensartan sus oscuros

latidos hacinados.

En la canción de cierre,

les vibran las alarmas

de las auroras diarias

que no desconectaron.

Vuelven en autobuses

a ariscos bungalós;

atraviesan polígonos,

arrabales ajenos.

Y en los escaparates

sociales de las redes,

desafían al frío

con unos filtros cálidos;

mienten resplandecientes

para que los amigos

olvidados vislumbren

qué hermosa es la vida

tan lejos de la infancia,

sin arraigo ni cielo.

Ellos, nacionalistas

de la patria de Rilke.

## **La chica del videoclub**

La rojigualda del cartel

de 'La Escopeta Nacional'

se hizo bandera de Austria.

El tiempo destiñe las luces.

Los estantes parecen nichos;

los lomos de clásicos, lápidas.

Los vecinos del bloque juran

que en el local se venden drogas,

que el deuvédé ya no se alquila

con tantas plataformas digitales.

La regente esquivaba las filfas

y los ganchos de Hilary Swank.

Desde que irguieron cuatro hoteles

en el viejo cine del barrio,

la chica del videoclub dice

que los préstamos de películas

aumentaron ligeramente.

## **Los halcones de la noche**

Los halcones de la noche helada

fuman dentro y beben fuera de los bares.

Apuestan siempre por los caballos negros

y en las timbas se aproximan a sus tumbas.

Buscan una hilera de diamantes en el fango,

patean las máquinas el veinte de cada mes.

Cenan bolsas de patatas con un güisqui;

ven el vaso medio lleno y la vida medio vacía.

Sus sombras son espejos, laberintos púrpuras.

Alternan abrazos falsos con algún puñetazo;

entre interrogantes como garfios pierden

la penúltima esperanza. Y cuando llegan a casa

borrachos, sus hijos se hacen los dormidos.

## **Las faltas**

Quiero pensar que los árbitros  
prefieren siempre el empate,  
que oler la hierba infantil  
les trae un amor de madre  
que convierte los insultos  
de puta en humanidad.

Quiero pensar que los árbitros  
aprenden sociología  
antes del saque de honor  
del desencanto; saben  
que las gradas degradadas  
les chillan como a la muerte,  
las frustraciones, los jefes,  
un sistema indetectable,  
la cojera en la balanza  
y una falta, ¡y otra falta!,  
falta de calor humano.

## **El sentido suplente**

Me dices que vives la noche constante  
bajo un manto de estrellas imaginarias,  
que la penúltima oscuridad es fúlgida  
y a diario amanece al este de tu pecho.

Me dices que de tus ojos aún salen  
emocionadas réplicas de océanos,  
que podrías discernir entre el aroma  
de una rosa blanca y otra amarillenta.

Me dices que el gotelé de las paredes  
encripta mensajes vitales en *braille*,  
que has educado el paladar en almíbar,  
que has ampliado tu concepto de belleza.

Me dices que cuatro sentidos te sobran  
para amar la dictadura de las sombras.

Te escucho y me digo que tienes intacto

el sexto sentido, el más necesario,

el suplente que a la mayoría falta,

aquel al que llaman *sentido común*.

## **La soledad compartida**

*Me enamoré nada más verlo,*

repetiste a tus amigas durante años.

Lucía tan apuesto aquel verano,

tan joven; aunque, antes de besarlo,

cruzaste con otros muchachos

miradas como puentes invisibles.

Tras las primeras dudas, poco a poco,

os quisisteis. De repente, te sobraron

tres mil millones de anulares diestros;

algunos invitados a la boda

vistieron más elegantes que el novio.

Tuvisteis cuatro hijos que llenaron

de alboroto vuestros silencios;

quién sabe si con un padre distinto

hubieran dado menos problemas.

Algunos días odiabas volver a casa,

tus compañeros de oficina contaban

historias más atractivas que su boca.

Envejecisteis, y dijeron que erais

paradigma del amor inmarcesible.

Un domingo al mes le pones flores,

alivias la culpa por sentirte libre.

A veces limpias las lápidas contiguas:

tus yemas mojadas acarician

los apellidos de esos otros hombres

que piensas que habrán dejado atrás

vidas más excitantes que la suya.

## **Una ventana amarilla**

A las dos de la mañana  
incendias otro cigarro;  
los pulmones cancerosos  
del cartón ya no te asustan.  
Escalera de color  
en las cartas del vidente,  
pornografía doblada  
del francés al castellano.  
Sobre las tres menos cuarto,  
la tele apagada emite  
tu retrato en negro y gris;  
sofocas otra colilla  
en el monte de ceniza  
(querrías ser Fénix –toses-,  
o solo un poco más joven).  
A las tres miras la fecha  
en que caduca el yogur

de manzana que devoras;

te preguntas si tu cuerpo

durará menos o más.

En torno a las tres y cuarto,

el camión de la basura

maniobra junto al portal,

sin prisas, ceremonioso,

como si tus noches fueran

un vertedero de tiempo.

Dos ventiladores viejos

giran con sus manecillas

oxidadas por el tiempo...

A eso de las tres y media,

el transistor te acompaña:

negligencias, adulterios,

dolencias, llantos o estafas

en las llamadas de oyentes

(cuando la vida te aplasta,

los descabros del prójimo

son las mejores noticias).

A las cuatro menos cuarto,

una procesión de hormigas

carga con tus uñas rotas:

ves tu entierro en miniatura.

A las cuatro te despiertas

aterrada en el sofá

con el ruido del teléfono:

pero no te queda nadie

por quien ya debas temer.

## **Orgullo**

Si doblégan tus corvas

dos balas de lacayo,

no caigas de rodillas

delante del villano.

Desplómate o aguanta,

evita que parezca

plegaria o alabanza.

## **Descendientes**

A mis hijos pido perdón  
por el vértigo en la noria,  
porque todas estas letras  
llevan a un punto y final.  
Puede ser que no luchara  
por vosotros lo bastante;  
os quiero como se quiere  
a la nada, que es perfecta  
(aquello que jamás pasa  
queda eternamente en sueño).  
Hoy ocupa vuestro espacio  
un galgo, más obediente  
de lo que hubierais sido  
en toda vuestra existencia.  
Evito que los abuelos  
sean padres al cuadrado,  
pedir y perder el crédito,

multiplicar los temores.

No podréis conocer

la luz mágica de Turner,

ni los amores de Carver,

ni a Ella al lado de Armstrong.

Al menos, y esto me alegra,

tampoco veréis un mundo

violento, injusto y hostil.

Eclipsé la luz de luna

con mi ombligo, perdonadme;

no dar vida, de algún modo,

es ejercicio de muerte.

No os pido que lo entendáis:

vuestros futuribles padres

viven con el mar al cuello.

Hija, hijo, hijos míos

que ya no querré tener

(que ya no podré tener),

creedme cuánto lo siento.